

MOSCO Y HELIODORO: EL SIMIL
DE ETIOPICAS II 22,4

Máximo Brioso Sánchez

El pasaje de Heliodoro, según la edición de Rattenbury-Lumb (*Les Belles Lettres*), dice así: «Παίδων» ἔφη «πρὸς ληστῶν ἀφαιρεθεῖς καὶ τοὺς μὲν ἀδικοῦντας γινώσκων ἐπαμῦναι δὲ οὐκ ἔχων εἰλοῦμαι περὶ τὸν τόπον καὶ θρήνοις παραπέμπω τὸ πάθος, ὥσπερ οἶμαι τις ὄρνις ὄφειως αὐτῇ τὴν καλιὰν πορθοῦντος ἐν ὀφθαλμοῖς τε τὴν γονὴν θοιναμῆνου προσελθεῖν μὲν ὀκνεῖ φεύγειν δὲ οὐ φέρει, πόθος γὰρ ἐν αὐτῇ καὶ πάθος ἀνταγωνίζεται, τετριγυῖα δὲ περιποτᾶται τὴν πολιορκίαν εἰς ὧτα ἀνήμιερα καὶ οἷς ἔλεον οὐκ ἐγκώρισεν ἢ φύσις ἀνήνυτον ἰκετηρίαν τὸν μητρῶον προσάγουσα θρήνον».

Esta frase está en boca del sabio sacerdote Calasiris y forma parte del largo coloquio-relato entre éste y Cnemón. Los editores citados, en una nota *ad loc.*, se limitan a comentar que el símil está inspirado en *Iliada* II 311 ss.; lo mismo apunta («Homère semble bien être à l'origin...») E. Feuillatre en sus *Études sur les Éthiopiennes d'Héliodore*¹, y ésta es igualmente la opinión del traductor español más reciente del novelista en la Biblioteca Clásica Gredos. La cuestión es sin embargo mucho más compleja y estas simples y uniformes referencias al modelo homérico denotan por lo menos una evidente falta de curiosidad por las fuentes de Heliodoro, que es en sí un tema rico y fascinante. Lo cierto

1. París, 1966, p. 79. Por error el autor cita *Il.* II 33 s.

es que a lo largo de la historia de la literatura griega el viejo motivo homérico del nido saqueado por la serpiente ha atraído a bastantes autores, por supuesto poetas la mayoría, y Heliodoro tuvo múltiples variantes entre las que elegir para elaborar su texto.

Como veremos de inmediato, todo lleva a sospechar que el novelista emuló mucho más directamente un texto más reciente que el homérico, pero que ha suscitado a su vez una discusión en torno a su propia fuente. Me refiero desde luego a los vv. 21 ss. de la *Mégara* de Mosco, que, según T. Breitenstein², tendrían su principal punto de partida en una imagen reiterada en el *Heracles* de Eurípides, una tesis que ha puesto por su parte en duda, y creo que con fundamento, J. W. Vaughn en su edición³, el cual insiste en cambio en que Mosco se ha inspirado en el citado lugar de Homero: «The image of a parent protecting her children as a bird protects her brood is a commonplace in Greek literature through the Hellenistic age... None of the Euripidean passages mentions the role of the serpent in the image... The poet of the *Megara* clearly had in mind the simile at *Il.* 2.308-316».

No obstante, y en bien de la necesaria precisión, no estaría de más comenzar por recordar que no es exacto hablar de tal símil homérico; el texto citado no contiene símil alguno, sino un relato de un suceso, que sólo más tarde será resumido por el adivino Calcante (vv. 326 s.), esta vez sí, en forma de un brevísimo símil, aunque de un tipo totalmente anómalo en el bagaje de las comparaciones homéricas⁴. Pero, sea como sea, es claro que Mosco, tras integrar en el esquema del símil el motivo homérico, lo ha tratado con innegable originalidad y dentro de un contexto dramático muy diferente. Ahora bien, que la reiteración del mismo motivo (cf. sobre todo los vv. 71 s.: οὐς ὑπὸ πτεροῖς / σῶζω νεοσσούς ὄρνις ὥς..., en boca de Mégara) en el *Heracles* haya influido también en Mosco no es en absoluto descartable. Sólo que el poeta helenístico ha alterado una situación como la de la que arranca Eurípides: en vez del coloquio entre el anciano An-

2. *Recherches sur le poème Mégara*, Copenhague, 1966, pp. 23 y 36.

3. *The Megara (Moschus IV)*, Bern-Stuttgart, 1976, *ad loc.*

4. Es curioso que en los catálogos más exhaustivos sobre el tema no suela recogerse este símil y sin duda por esta razón: es el caso de los de Fränkel o Lee, bien conocidos. Cuando digo «anómalo» me refiero a que la comparación no emana del texto del relato épico como un paralelo imaginado, sino que es parte de una explicación interpretativa de un relato previo. El mismo uso de meros pronombres dentro del símil muestra tal dependencia.

fitrión y Mégara, bajo la amenaza del tiránico Lico, ha imaginado un diálogo entre Alcmena y Mégara, y ahora el desastre referido, ya irreversible, tiene como causante al propio Heracles, lo que no ocurrirá en el drama de Eurípides sino más tarde. Pero no vamos a entrar en más detalles en esta cuestión, aquí secundaria, puesto que no es esta relación, la que se da entre Homero, Eurípides y Mosco, en la que voy a detenerme. Aunque sí con- vendrá tener en cuenta para lo que sigue ese aspecto en que puede verse probablemente una dependencia de Mosco respecto a Eurípides: la base argumental que supone el citado coloquio entre el anciano Anfitríon y Mégara para el que tiene lugar, de modo igualmente dramático, entre la anciana Alcmena y la misma Mégara. Puesto que no es una conclusión disparatada la de que Mosco, además de en el tan citado modelo del diálogo entre Medea y Calcíope en Apolonio de Rodas, se ha basado para algo más que para algunos datos temáticos en el *Heracles* euripídeo.

De un punto de partida que recuerda naturalmente éste ha arrancado Heliodoro en este lugar de su novela, en que nos relata el encuentro y la larga conversación entre Calasiris y Cnemón. En su narración el anciano alude a la pérdida de sus supuestos hijos, en unos términos que el lector sólo comprenderá cuando conozca ya el libro V. Hay diversos elementos que permiten defender la tesis de que Heliodoro ha tomado por modelo el texto de Mosco y no el de Homero, contra el parecer tradicional antes mencionado y tal como apuntara, aunque sólo de pasada, Breitenstein⁵, pero lo de menos, creo, son los muy escasos ecos lingüísticos, que son (y en parte sólo) los que han sido tomados en consideración: así, la expresión *ἐπαμῦναι δὲ οὐκ ἔχων* (ya aducida al efecto por Breitenstein, *loc. cit.*), que puede naturalmente recordar tanto *οὐδέ σφιν δυνάμην ἀδινὸν καλέουσιν ἀρῆξαι / μητέρ' ἔην* (vv. 19 s. de Mosco) como *οὐδ' ἄρ' ἔχει τέκνοισιν ἐπαρκέσαι* (v. 25), tal como igualmente *κεριποτᾶται* puede ser un traslado en prosa de *πρωτᾶται* (v. 24) y *προσελθεῖν μὲν ὀκνεῖ* de *ἄσσον ἕμεν μέγα τάρβος* (v. 26)⁶. Ha de reconocerse que entre el lenguaje de Heliodoro y

5. *Op. cit.*, p. 37: «l'influence homérique est loin d'être évidente; d'autre part, il se peut qu'Héliodore se soit inspiré de Mégara... mais il n'est pas impossible qu'il ait développé le motif indépendamment de Mosch. 4». El autor cita una carta personal de M. Nojgaard, en que se apoya la primera posibilidad.

6. Todavía, dentro del símil, *ἐν ὀφθαλμοῖς* puede ser otro eco de *ἑμοῖς ἔσον ὀφθαλμοῖσι* (v. 17), en este caso fuera del símil en Mosco y que a su vez es un eco de *Od.* XII 258.

el de Mosco, por no hablar del homérico, media una tremenda distancia y las analogías relativas en lo tocante a ciertas expresiones precisan de algún refuerzo para no quedarse en mero artículo de fe. Por ello, en mi opinión, en este caso concreto es especialmente recomendable aportar esos otros datos, que existen y son muy reveladores y de los cuales ya hemos citado uno. Es la situación misma del argumento de la novela en este punto la que no puede menos de hacernos recordar el texto de Mosco y mi impresión personal es que justamente ha sido esa semejanza en las situaciones la que ha inducido a Heliodoro a imitar el símil de Mosco.

La pareja dialogante de Calasiris, supuesto padre de los protagonistas desaparecidos, y el joven Cnemón, supone una clara correspondencia (invertida) con la formada por Alcmena y Mégara, una pareja que a su vez recuerda, como ya dijimos, el par Anfitríon-Mégara. En Eurípides y Mosco es la joven madre la que defiende a sus hijos o se lamenta por ellos, en la novela de Heliodoro es el anciano y falso padre el que confiesa su impotencia, al no haber tenido posibilidad alguna de socorrer a sus supuestos hijos. La inversión sería desde luego un hecho negativo si no supiéramos que al menos desde los tiempos helenísticos es un recurso literario habitual. El tratamiento que se dan entre sí los dos personajes de Heliodoro es equivalente al que encontramos en Mosco: ὦ πάτερ (22,2 y 4), ὦ παῖ (22,3), de un lado; μήτηρ ἐμή (v. 1), δαίμονι παίδων (v. 62), φίλον τέκος (v. 69), etc., de otro. Notablemente en ambos autores el parentesco no es tal: Alcmena y Mégara no son madre e hija y, por supuesto, tampoco existe entre los dos personajes de Heliodoro un vínculo paternofilial. La convencionalidad de los títulos de parentesco es, pues, manifiesta en ambos casos.

Pero aún hay un dato que tampoco puede menos de llamar la atención y que, tal como lo interpreto, abona todavía por parte de Heliodoro su dependencia (y no sólo en los límites del símil) respecto de Mosco. Recuérdese que en el v. 28 Mégara nos dice en el poema de Mosco cómo recorría enloquecida la casa tras haber visto sucumbir a sus hijos:

μαινομένοισι πόδεσσι δόμον κατὰ πολλὸν ἐφοίτων

Pues bien, un poco antes de que alcancemos a leer el símil, cuando en el texto de Heliodoro se nos presenta por primera vez a Calasiris, éste se muestra a la vista de Cnemón a orillas del Nilo con una conducta un tanto sorprendente: *πρεσβύτης τις ἀνήρ ἐναλύων ταῖς ὄχθαις ἐφάνη καὶ δόλιχόν τινα τῷ ρεῖθρῳ πολλάκις ἄνω καὶ κάτω παραδέων καὶ ὡσπερ τῷ ποταμῷ φροντίδων τινῶν κοινούμενος* (21,2). Este proceder tan llamativo, revelador o de locura o de desesperación y que sólo será justificado después, no parece ser, a la luz de la imitación del símil citado, sino una brillante emulación del verso de Mosco. Heliodoro, devoto practicante de las anticipaciones y las demoras narrativas, hasta convertir su obra en un vasto experimento de asombrosa modernidad, nos sorprende primero con esa inquietante aparición de Calasiris y sus misteriosos paseos, para darnos más tarde el motivo de tal desazón, en tanto que Mosco, más tradicional en su método narrativo, ha seguido el orden inverso. Pero, creo, la relación entre ambos textos es bastante evidente y nos ofrece a la vez la explicación del origen literario de los enigmáticos paseos de Calasiris. El sentimiento de Mégara y del anciano sacerdote se nos ha expresado con un efecto dramático semejante y la deuda de Heliodoro con Mosco parece innegable, sobre todo porque ambos momentos de su imitación se refuerzan mutuamente.